



Algunos sabores y sensaciones de mi infancia

Jesús Lizcano Álvarez*



Madrid, 1964. Jesús Lizcano Álvarez en el patio del colegio (agachado, el segundo desde la derecha)

Recuerdo los años de mi infancia como una época bastante feliz en su conjunto, lo que supongo que es muy normal, ya que solemos destilar los recuerdos en nuestra memoria, reteniendo los momentos más agradables. Voy a referirme en estas breves líneas a algunas de las sensaciones y sabores que me dejó este tiempo infantil, contextualizándolo en la sociedad y en el Madrid de aquellos años.

En torno a una manzana muy castiza. Mis primeros años de vida los he de situar necesariamente en torno a una manzana del castizo barrio madrileño del Chamberí, la que está entre las calles de Eduardo Dato y Rafael Calvo (flanqueada por las calles Fernández de la Hoz y Zurbano). En un lado de esa manzana, en la calle Eduardo Dato, vine al mundo en una fría noche de enero de 1956, en la que era la Clínica del Cisne. Y en el otro lado de esa manzana, en la calle Rafael Calvo, estaba el colegio en el que transcurrió la mayor parte de mi niñez, desde los cuatro años escasos hasta los once bien cumplidos. Sobre la clínica donde nació poco puedo contar, ya que mi paso por la misma fue lógicamente efímero. Me voy a referir con algo

más de detalle a mi colegio, el Instituto de Selección Escolar.

Aquel querido colegio. Recuerdo bastantes cosas de aquel colegio y de lo que allí viví y disfruté; el colegio, dirigido por doña Laura Luque, fiel seguidora de las técnicas pedagógicas de la Institución Libre de Enseñanza, era bastante selectivo en el ingreso de alumnos (de ahí su nombre) mediante un sistema de exámenes psicotécnicos; lo recuerdo además como un centro muy exigente para quienes allí estudiábamos, y también era bastante caro (iban los hijos de algún ministro); yo pude asistir al mismo gracias a una beca derivada de mi supuesta condición de niño superdotado, según aquellos exámenes (lo que evidencia lo imperfecto de tales sistemas de medición). Por otra parte, era un colegio mixto, una *rara avis* en aquella época en la que los colegios eran o masculinos o femeninos, lo cual para mí fue tan natural como enriquecedor. Era además un colegio en régimen mediopensionista, en el que comíamos y merendábamos, condición que me generó la cualidad de comer de todo, ya que no había más que lo que te ponían, y hasta que no lo

acababas no podías salir al recreo; además, había que tomarse los botellines de leche que nos daban como merienda (junto con el correspondiente membrillo, o pan y chocolate), lo cual, dado su sabor, vino a mostrar la capacidad de adaptación de un niño a cualquier tipo de alimento.

Lo que veíamos, oíamos y leíamos. Recuerdo que en los años de mi infancia llegó la televisión a una parte de las casas y familias, primero con un solo canal, seguido más tarde del segundo canal (UHF) con unas cuantas horas de emisión al día, lo que ya suponía un verdadero lujo televisivo en aquella época. En cuanto a lo que se veía, recuerdo con agrado series como *Rin Tin Tin*, *Bonanza*, *Daniel Boone*, *Viaje al fondo del mar*, o algunos programas musicales, como *Escala en Hifi*, y especialmente el concurso televisivo *Cesta y Puntos*, que dejó en mí un recuerdo imborrable. En la radio recuerdo especialmente *Vuelo 605*, de Ángel Álvarez, que era una verdadera ventana por la que entraba música procedente de otros países; también recuerdo la famosa canción del Cola Cao, omnipresente cuña publicitaria de aquella época. En cuanto a la lectura, además de algunos textos del colegio, me gustaba leer libros de Tintín y de Enyd Blyton y sus aventuras de los Cinco, y por supuesto era asiduo lector de tebeos.

Lo que se publicaba en la prensa de aquellos días. Dada mi escasa edad, no era lector de prensa, pero sí he consultado las hemerotecas (la del ABC.es es realmente completa) y me he asomado a las noticias publicadas el día de mi nacimiento para ver lo que ocurría en estos primeros días de aquel 1956, a cuya cosecha o generación dedicaba una canción Miguel Bosé, nacido también aquel año (y en la que nos calificaba como "todos poetas los del 56"). También Pablo Lizcano (el desaparecido periodista y escritor) escribió un libro sobre la generación del 56, si bien este se refería a otra generación, la que era ya universitaria en aquel año. Entre lo publicado aquel día que ha llamado mi atención destaca un artículo relativo a la familia de artistas Calvo, donde precisamente se hacía una oda a Rafael Calvo (quien dio nombre a la calle de mi colegio), con una amplia re-

ferencia a un artículo de Leopoldo Alas “Clarín” sobre este importante artista teatral de la segunda mitad del siglo XIX que fue Rafael. También se recogía ese día la entrega de una condecoración a Santiago Bernabeu por parte de Manuel Aznar (padre del ex Presidente del Gobierno español), entonces Presidente de la Asociación de la Prensa.

El fútbol estaba en todas partes. En aquellos años –como aún hoy– el fútbol era omnipresente: no faltaba ni en los medios de comunicación ni en las conversaciones en el trabajo y en los bares, ni en los juegos de apuestas como las quinielas. Además, todos entendíamos –y seguimos entendiendo– de fútbol, desde los niños hasta los ancianos. Yo mismo comencé a jugar al fútbol en el patio del colegio y seguí haciéndolo después. Jugué durante diecisiete años en diversas competiciones, varias de ellas compartiendo equipo con mis dos hermanos (también practicó el fútbol mi padre). En resumen, creo que soy fiel reflejo de ese intenso “sabor futbolístico” que ha tenido y tiene la sociedad española.

Aquellos cromos y “chuches”. Otra forma de entretenimiento eran los cromos. Yo era un fiel hacedor de colecciones de cromos, lo mismo que después lo fueron mis hijos (mi hijo, más bien sobre fútbol y mi hija, sobre otros temas), y al igual que lo hacen los niños actuales, cosa que sigo comprobando cuando paso por el Mercado de Cromos ubicado en el Rastro. En cuanto a las chuches, los niños visitábamos con asiduidad las correspondientes tiendas de pipas y caramelos (no se llamaban chuches por aquel entonces), y solíamos comprar un poco de todo, entre dulce y salado, desde las pipas o los kikos a los caramelos, el regaliz, los chicles, etcétera. Precisamente la tienda de pipas y caramelos que había en aquella época en la plaza de Chamberí debe de ser el único negocio que pervive actualmente en esta plaza.

Los juegos en la calle. Los niños necesitábamos muy poco para organizarnos y jugar, y una buena parte de los juegos se hacían en la misma calle. Recuerdo aquellos juegos en los que usábamos algún objeto (básico, por supuesto), como las canicas, el taco, los palitos, el clavo, las chapas, el pañuelo o

los propios cromos, así como también juegos sin necesidad de objeto alguno, como los que implicaban correr o saltar uno sobre otro: el rescate, el corre-calles, el cortahilos, Prusia, el tula (con su variante de tula envenenada). Y cuando no se podía salir a la calle, allí estaban los Juegos Reunidos Geyper, o también las clásicas cartas, el dominó, los dados o el parchís.

Todos con pantalón corto. Recuerdo también que en aquella época todos los niños usábamos pantalón corto, y además lo hacíamos hasta cumplir una cierta edad, once o doce años. Como consecuencia de ello, siempre teníamos las rodillas rojas, con arañazos, heridas y costras, fruto de las caídas, que en muchos casos se perpetuaban a lo largo del tiempo, al menos durante los días o épocas del colegio.

Aquello sí que era inflación. Aunque el término “inflación” seguro que lo desconocí en mi niñez, y la inflación en aquella época estaba limitada por una Junta Reguladora de Precios, yo supe bien lo que era padecerla; recuerdo el enfado que me entró con el alza de precio en algunos productos de los que era consumidor, por ejemplo, la escandalosa subida de 7 a 10 pesetas en las entradas del cine al que asistía una o dos veces por semana, lo cual venía a destrozar mis modestísimas finanzas personales. Recuerdo igualmente el aumento estrepitoso de 50 céntimos a una peseta de las barras grandes de regaliz (tanto las rojas como las negras), lo que me enfurecía con el kiosquero, aunque lógicamente él no tenía la culpa. Aquello sí que era inflación para un niño como yo...

Reencuentro de los “chicos de doña Laura”. Uno de los acontecimientos más singulares y entrañables que he experimentado en relación con aquellos años del colegio ha sido el reencuentro, después de un paréntesis de cuarenta años, de los chicos de doña Laura, es decir, de los niños o “compis” que nos despedimos cuando desapareció aquel colegio, para volver a vernos cuarenta años después. Tras haberlo intentado infructuosamente en los años ochenta junto con un compañero del colegio (Mariano Muela) buscándolos a través

de la guía telefónica (no había Internet), lo intentamos de nuevo casi otros veinte años más tarde, y ahora sí conseguimos localizar finalmente a una veintena de nuestros compañeros y les convocamos a una cena, en junio de 2006. El reencuentro fue realmente emocionante, y tuvimos ocasión de ver las muy diferentes trayectorias profesionales que habíamos seguido unos y otros, ya que aquellos niños se habían convertido en ingenieros, arquitectos, médicos, empresarios, escritores o abogados. Aunque de aspecto físico lógicamente muy distintos, todos conservamos el mismo espíritu y talante que adquirimos en aquellos años de nuestra infancia.

***Jesús Lizcano Álvarez.** Nació en el madrileño barrio de Chamberí el 25 de Enero 1956. Es catedrático de Economía Financiera y Contabilidad de la Universidad Autónoma de Madrid. Dirige actualmente dos revistas, una de divulgación científica, *Encuentros Multidisciplinares*, y la otra, internacional y de carácter más técnico, *Revista Iberoamericana de Contabilidad de Gestión*. Entre 1989 y 1991 fue catedrático en la Universidad de León.

Es miembro fundador y actual presidente de Transparencia Internacional-España.

Es autor de catorce libros y de un centenar de artículos en publicaciones tanto nacionales como internacionales. Forma parte del consejo de redacción o editorial de otras cinco revistas (nacionales y extranjeras). Ha formado parte del Comité Científico y presentado numerosas ponencias y comunicaciones en congresos nacionales e internacionales. Ha dirigido y/o participado en numerosos trabajos y proyectos de investigación, siendo miembro de varias Asociaciones académicas nacionales e internacionales.

Ha recibido, entre otros, el Premio del Instituto de Planificación Contable al mejor artículo publicado (1979) y el Premio Antiguos Alumnos de la UAM (2010). Ha sido presidente de la Comisión de Control Económico de la Liga de Fútbol Profesional, así como director de la Escuela de Economía (Colegio de Economistas de Madrid) y coordinador del Foro sobre Convivencia y Fundamentalismos (UAM-Ateneo de Madrid). Es actualmente vocal de la Junta directiva de la Asociación para el Diálogo Interreligioso.